

## el Sacerdote y su Afectividad

Uno de los principales problemas a los que nos enfrentamos los seres humanos, en general, es el de la afectividad, y podríamos afirmar, sin temor a equivocarnos, que todos, de una u otra manera, hemos atravesado por alguna circunstancia que ha estado a punto de desequilibrarnos en cualquier aspecto de la vida y que ha tenido, como fuente, una situación, carencia o problema afectivo, esto, independientemente de nuestro estado de vida.

Desde hace ya varios años, he profundizado en el trato con sacerdotes, religiosos y personas consagradas, y ha llamado mucho mi atención el escuchar en algunos de ellos expresiones de asombro, al tratar el tema de la afectividad, y, en ciertos casos, hasta expresar molestia al hablar de la posibilidad de estar ellos o ellas mismas frente a problemáticas de tipo afectivo. Por fortuna, también hay quienes se preocupan y se dan a la tarea de preparar, para los miembros de sus comunidades, cursos y talleres de afectividad, o promueven la asistencia a los mismos en los lugares donde saben que se imparten.

Nada más cierto que tener que reconocer que nuestra vida, desde su inicio hasta el fin, está siempre ligada a la afectividad, y que ésta también sigue un proceso que, al igual que el físico y psico-social, debería tender hacia la madurez, llevándonos a una plena realización, que, al término de nuestra vida, nos hiciese experimentar alegría y agradecimiento por todo lo acontecido en nuestra historia.

Pero...¿cómo aprender a dialogar de manera amigable con nuestra afectividad, especialmente cuando sentimos que de pronto hay emociones que nos cuesta trabajo identificar, pensamientos que nos inquietan, sentimientos que no sabemos expresar, relaciones interpersonales que nos preocupan o nos causan conflictos que no logramos resolver? Ciertamente, con todos estos cuestionamientos encima, resulta complicado tratar de encontrarles una pronta respuesta y quizá por lo que se opta es por hacer caso omiso de ellos y continuar “como si nada pasara”; pero tarde o temprano tendrán que aparecer de nuevo reclamando atención y sobre todo solución. ¿Por qué mejor no darnos un tiempo prudente, profundo y responsable, para saber cómo se encuentra nuestra afectividad?

En principio, no podríamos asegurar si el camino para realizar dicha revisión es fácil o no, porque todo depende de qué tan dispuestos estemos para profundizar en nuestra historia y, sobre todo, a reencontrarnos con las heridas que hemos sufrido a lo largo de nuestra vida.



No está por demás recordar que “se crece, a partir de la prueba, del dolor y gracias a ellos”. Pero ciertamente no siempre es fácil tener que aceptar que es necesario invertir tiempo y muchas veces desgaste emocional para lograr identificar si hemos vivido acompañados de un desarrollo, desenvolvimiento y ejercicio auténtico y maduro de nuestra afectividad o si sólo hemos tratado de esconder y minimizar la importancia de una característica propia e irrenunciable de los seres humanos. También es cierto que durante muchos años, especialmente en la formación sacerdotal y religiosa, se enfatizó la necesidad de que la persona se olvidase de sí misma, renunciase a muchas de sus necesidades y deseos y se dedicase a vivir entregada plenamente al servicio y bien de los semejantes. A ninguna de estas enseñanzas se pretende con estas reflexiones refutar o criticar; sin embargo, surgen varias

interrogantes basadas en la experiencia: ¿cómo es posible servir con madurez plena a los hermanos, si en nuestro interior están pendientes de atender necesidades afectivas? Teóricamente por supuesto, que no tendríamos derecho a dudar de la capacidad del sacerdote y/o religioso para orientar, aconsejar o acompañar a quien lo necesita, pero... ¿qué pasa con su propia vivencia?, ¿qué tan claras pueden ser para sí mismo sus propias necesidades?, ¿sus deseos?.

Quizá muchos respondan: “Yo no tengo problema alguno, he alcanzado la madurez afectiva, vivo tranquilo y seguro de lo que quiero...” Y toda una cantidad de posibilidades de respuesta que hagan pensar que en esa persona ciertamente todo está bien, especialmente a nivel afectivo.

Sin embargo, la realidad suele ser otra, y generalmente sale a la luz en momentos en que el sacerdote y/o religioso se encuentra más frágil física o emocionalmente. Es entonces cuando se confronta a sí mismo con un contexto, del cual quizá antes no se había percatado por encontrarse demasiado absorto por el “activismo”, porque ha tenido mucho y a muchos que atender, porque no hay tiempo para la auto-revisión del estado personal. En ocasiones, el disparador es un sentimiento de soledad, no obstante en los sacerdotes que viven en comunidades; de pronto la persona se da cuenta de que está rodeada de gente a quienes llama “hermanos”, pero que, en esencia, es poco lo que de ellos conoce y lo que ellos saben de él. La comunicación, y especialmente la que se refiere a los sentimientos y emociones, parece ser la que más falla en los ambientes religioso y sacerdotal. A veces se trata de justificar este hecho pretextando diferencias de edades, estilos de formación, carácter y temperamento propios, exceso de trabajo, etc., pero, independientemente de que todo esto fuera verdad, ¿no es una realidad innegable que los seres humanos tenemos necesidades, y entre ellas la de la expresión y comunicación de nuestros sentimientos y emociones?; ¿acaso como miembros de una familia no podría darse una comunicación abierta y franca en algo

tan esencial como es la persona misma y lo que a nivel afectivo está viviendo? En otras ocasiones, el disparador puede ser la enfermedad o lo avanzado en edad; ambos factores que nos hacen estar mucho más vulnerables, sensibles y necesitados de dar y recibir afecto. ¿Pero por qué tener que esperar hasta entonces para

enfrentar lo que ha sido parte de nosotros desde que fuimos concebidos?, ¿por qué no invertir un tiempo en detenernos a ver si nuestra afectividad ha crecido y madurado a la par de nuestro desarrollo intelectual, o de las diferentes áreas de nuestra persona, en las que podemos sentirnos verdaderamente fortalecidos y sólidos?



La fuerza, la energía, la salud se acaban; en cambio, la riqueza que nos haya proporcionado nuestra madurez afectiva es un tesoro que se irá de la vida junto con nosotros, ¿por qué entonces no fortalecer desde ahora nuestra sana amistad con ella?

Con frecuencia he escuchado la frase: “nadie experimenta en cabeza ajena”, pero, porque me ha tocado la fortuna de acompañar en el camino a sacerdotes y religiosos que en momentos difíciles han tenido que reconocer con humildad que desatendieron su área afectiva, es por lo que cada día me convengo más de la necesidad de atender ésta, antes de que sea tarde.

*Continuará...*

*Teresita de Jesús Salazar Saavedra*  
*Equipo Terapéutico Fundación Rougier*

**DIRECCIÓN:** La fundación Rougier se encuentra en el km. 31 carretera México-Pachuca, Hacienda Ojo de Agua 55770, Estado de México.

**INFORMES:** Para mayores informes, comunicarse a los siguientes números telefónicos: 5573-5185 y 5573-0076.

#### **CURSOS**

- Prevención de las enfermedades emocionales, psicológicas y adictivas.
- Programa de rehabilitación.

